

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

HACE unos días, la costa del Sur estaba llena de directores de hotel, que por una vez no eran los acogedores sino los acogidos; nada de convencionadores, sino ellos mismos los convencionados. Había profesionales de toda España. Y acaso me ciegue el paisanaje, pero a mí me pareció que los más brillantes eran los leoneses. Manolín Riesco, por ejemplo, lucía mucho en el palacio de Congresos de Benalmádena con aquel porte de los buenos tiempos del Regina, ahora más bien de caballero templario.

No es difícil imaginar la escena de la sala de reuniones, seguramente con todos los tópicos de estas tomas de contacto personal que hoy se prodigan como nunca, desde los altos estados de la derecha, pasando por los organismos oficiales, hasta cualquier mediana empresa donde cada vez que Vd. pregunta por el señor García le dice la telefonista que "está reunido". O sea: un ambiente de convivencia y diálogo; permiso implícito para fumar cuanto se quiera; blocs grandes, .generosos, para tomar notas; botellines individuales de agua mineral. Y en las ocasiones plenarias, esas azafatas tan monas transportando un micrófono con cable largo que va pasando de mano en mano, y uno piensa con miedo si es que todos van a querer cantar.

En lo de los hoteleros se hablaba, como es lógico, de asuntos de la profesión. Me parece que para dirigir un hotel hay que tener ahora un título de director de hotel. Esto lo comprende cualquiera. Y lo aplaude. Aún sin aludir a esos de gran dimensión, cualquier establecimiento modesto de sólo unas decenas de plazas comporta una problemática como para justificar un buen piloto que lo gobierne. Es admirable lo que tienen que saber, ¡lo que saben!, estos caballeros; gastronomía y mercados y frutos del tiempo, bodeguería, legislación laboral, reglamentación hotelera, idiomas, divisas, psicología a todo pasto... He oído decir que alguno -¡será exageración!- entiende incluso para un arreglo urgente de saneamiento y calefacción. ¿Se dan ustedes cuenta, resolver una de esas averías que pasan siempre en domingo? Sospecho que si el negocio de los turistas decayera (nos libre Dios, a todos los españoles), los directores de hotel se llevarían de calle esos concursos para mañosos que a veces hace la televisión. Supuesto que hubiera humor para concursos.

En todo caso, confieso que a mí me gusta este mundo. Pero más de una vez me acude una querencia antigua, esteticista, acaso decadente, que me lleva a recordar con nostalgia las fondas de mis tiempos: las de pensión completa que es lo que da nutrición y descanso; aquellas en que el vino sobrante se reservaba de una comida

para otra y los clientes desconfiados señalaban el nivel con una raya de lápiz.

Aún ahora sé encontrar un hotel galaico, de primera de verdad -y callaré el nombre, no vaya a llenarse- donde no hay aparatos modernos, pero todo huele a cera de abrillantar; y aunque las habitaciones son con baño, está en su sitio la bacinilla; y las criadas son todas parecidas, todas traídas de la misma aldea junto a Betanzos, serviciales, con un ligero bozo sobre el labio, muy honesto. Sólo una vez tuve que preguntar por el director, y no para reclamar. Me miraron con mucha extrañeza.

-El director..., el director... ¡Ah, bueno! ¡D. José!

Don José se ha negado siempre a aprender idioma bárbaro, y de vez en cuando escribe en un periódico de La Coruña. No sé si ahora le darán el título o si tendrá que ir, a sus años, a la escuela. A la Escuela de hostelería.

*

CUANDO alguien sufre en su propio espíritu la turbación de una desgracia próxima, se conforma; o se rebela; o busca consolación; o procura el olvido. Cuando el sufriente es de Villafranca, no va a ser una excepción de la condición humana: se conforma o se rebela o se consuela o se olvida... Pero probablemente, por añadidura, terminará escribiéndolo.

Recuerdo bien a Carmiña García Arias, una rapaza lúcida y crecida, vecina de la calle del Espíritu Santo (que en mi pueblo somos así de teológicos, aunque más se dice carretera de Galicia). Tenía una hermana dulce y hermosa que naciera ciega. Guadalupe le pusieron de nombre. Lupiña.

Ahora pasado el tiempo, aquel dolor emocionado de la hermana incompleta, más la sensibilidad de un país donde la poesía es fruto espontáneo, más -quizás- la pequeña semilla del colegio de don Manolo que nos hizo condiscípulos, más la distancia... todo, en suma, justifica el volumen impreso que tengo entre mis manos. Y que, ya lo he dicho, no me causa demasiada extrañeza. Viene de Buenos Aires. Y bajo su título de matiz romántico, "Claror de eternidad", corre todo un relato sencillo y puro, de innegable dignidad estilística.

El libro me llega de la mano amiga de López Laguna. Con esto, el suceso me es doblemente villafranquino y literario. Porque Alfredo es hijo de escritor. Y él mismo,

¡no faltaba más! escribe.

-*-

ENTRE los discretos encantos de nuestra burguesa leonesa, debe señalarse el bingo. No dejará de haber ignorantes, como yo lo fui, a quienes este nombre les suene extraño. Luego resulta que se trata del juego de salón que conocíamos por lotería.

Más que un vicio, jugar me parece una disciplina individual nada desdeñable, útil para la convivencia social, y así se nos enseñó en ya algo lejanos manuales. Siempre, naturalmente, que sea costumbre moderada, no arrebatada por los excesos. La lotería, como uno comprueba en seguida, reúne, óptimas, las cualidades de urbanidad exigidas por el "Juanito".

Claro que hay diferencias aunque no sustantivas, entre aquella lotería y el bingo este. Los eternos buscadores del tiempo perdido echamos en falta el chocolate casero; la gracia tontorróna, repetidora, eterna -ahora desplazada por los paneles luminosos- de quien cantaba el 15 como la niña bonita, el 22 eran las dos monjas de rodillas, el 80 se decía el abuelo. Y el actual ámbito de un casino nos sobrepasa por lo numeroso.

Hasta que un día, lo relativo de las dimensiones nos hace cambiar de idea. 7.000 personas jugando al bingo es un espectáculo que impone respeto. Estaban en un inmenso auditorio de Quebec, lleno hasta la bandera, y ya lo prometían las calles todas del distrito, cubiertas de coches muy largos. Un parque que allí mismo iba a ser incrementado con el "Pontiac Astro" que se jugaba -uno entre los premios-sobre cartones gobernados por la electrónica.

La fiesta canadiense no me sirvió de ningún descanso, y ahora me gusta estar de vuelta a donde las montañas son tan bellas aunque no tan grandes, los valles tan verdes, pero con menos aforo, las distancias más hechas a la medida del hombre... Y el bingo del Aeroclub, una reunión que hasta me parece familiar. Como que sólo junta a cuatrocientas personas.